

El 'no' puede ganar en Francia

Sami Nair, Profesor de Ciencias Políticas de la Universidad Paris-VII (EL PERIODICO, 01/04/05)

Desde hace unas tres semanas, todos los sondeos sobre la intención de voto de los franceses convergen: aproximadamente el 53% de los electores tienen la intención de votar *no* en el referendo convocado por **Jacques Chirac** sobre el Tratado Constitucional Europeo. Hace tres semanas, el *sí* contaba con el 68%. ¿Cómo comprender este vuelco?

Los partidarios del *sí* han cometido varios errores graves desde el inicio de la campaña. Han querido hacernos creer que votar *no* era votar contra Europa. El argumento no funciona. Los defensores del *sí* tampoco han conseguido explicar porqué es bueno para Francia el texto constitucional, cuando se pide a los franceses que dismantelen su modelo social en beneficio del liberalismo europeo. El debate sobre la circular del comisario Bolkenstein (que introduce una competencia salvaje y por debajo de los modelos sociales europeos) reafirma a los electores en su rechazo a esta Europa liberal. Asimismo, el argumento de que votar *no* sería abrir una crisis en Europa, o ir hacia el *caos*, no parece muy convincente. Por último, el endurecimiento de la actitud de **Chirac** ante la Comisión refuerza más el *no* al Tratado que su aceptación. Pues si cada vez que un texto no convenga (el pacto de estabilidad, por ejemplo), Francia debe hacerle frente, es que algo va mal en Europa...

Queda una gran incógnita: **Le Pen**, que hará campaña por el *no*, ¿va a decantar la balanza hacia el *sí*, empujando a los electores de izquierdas a pronunciarse contra él? Es lo que esperan en voz alta algunos partidarios del *sí* de la izquierda y la derecha. En cambio, el *no* progresa. En primer lugar, porque se produce un verdadero choque frontal entre el referendo y las dificultades sociales internas. La derecha continúa dismantelando el sistema público y privatizando (jubilaciones, seguridad social, educación...). El partido socialista, que oficialmente apoya el Tratado, está muy dividido. En segundo lugar, los partidarios del *no* han abierto un verdadero debate público. El texto concentra acusaciones en cuatro puntos esenciales. Primero, la competencia "libre y no falseada", impuesta por el artículo 1, 3., se revela como la voluntad de constitucionalizar el liberalismo, algo que no se ha visto jamás en un país libre dotado de poder para decidir cuál puede ser el mejor medio para asegurar su futuro. Y la mención de la necesidad de una "economía social de mercado" no tranquiliza a los ciudadanos ante las consecuencias de dicho artículo.

SEGUNDO, la referencia a la OTAN como "marco" en el que debe elaborarse una política europea de seguridad, sabiendo que los franceses siguen desconfiando de una organización militar que no es más que la correa de transmisión del poder estadounidense en el mundo. Tercero, la referencia a la religión y a "la expresión de las convicciones religiosas en privado y en público" (lo que supone, por ejemplo, el velo en la escuela) en el preámbulo y en el cuerpo del Tratado, sabiendo que la laicidad a la francesa corre el riesgo de ser cuestionada, puesto que rechaza la expresión de las confesiones en este espacio público. Cuarto, los servicios llamados "de interés general" concebidos en realidad por la Comisión según el modelo estadounidense de servicios "universales". Pero los servicios públicos a la francesa se consideran más ventajosos, puesto que implican una obligación de calidad y de continuidad para asegurar la igualdad de oportunidades de todos.

A ello se añade un profundo disgusto ante la ampliación a los países del Este y, sobre todo, a Turquía. Para muchos franceses, tanto de derechas como de izquierdas, una Europa de 30 países entra en franca contradicción con el proyecto inicial de una Europa política integrada. Ya con 15 resultaba difícil entenderse y construir proyectos comunes más allá del simple mercado interior es prácticamente imposible. Es el fin de la Europa política en beneficio de la visión anglo-norteamericana de una Europa como gran espacio de libre comercio.

En cuanto a Turquía, los argumentos oscilan entre el rechazo a que un país muy poblado y proamericano pase a engrosar las filas de aquellos a los que todavía habrá que financiar durante 15 años su recuperación económica, y el rechazo a una población musulmana concebida como exterior a Europa (quienes se oponen a la entrada de Turquía por esta razón son unánimemente de derechas).

Las próximas semanas podrían ser de alto riesgo para los partidarios del *sí*. Por supuesto, todavía faltan dos meses para el referendo, fijado el 29 de mayo. Pero si bien no es posible predecir ahora quién va a ganar, sí que es posible afirmar que el *no* puede vencer.